

La caverna platónica

José L. Rozalén Medina

Catedrático de Filosofía.

Miembro del Instituto E. Mounier.

«**I**magina una especie de vivienda subterránea en forma de caverna, provista de una entrada, abierta ampliamente a la luz, que se extiende a lo ancho de toda la caverna; y a unos hombres que están en ella desde niños, encadenados por las piernas y el cuello, de modo que tienen que permanecer en el mismo lugar y mirar únicamente hacia adelante, incapaces como están de mover en torno la cabeza, a causa de las cadenas que la sujetan».

Allí están, encadenados, mirando sólo las sombras inanes proyectadas sobre el fondo de la cueva (primera pantalla adormecedora y devoradora de voluntades), los políticos corruptos y endiosados, que no contemplaron nunca la idea del Bien, que no saben lo que es el servicio al pueblo, ahitos de poder y privilegios, halagados por sus bufones, también amordazados y medio ciegos, que les cantan palinodias y los adormecen.

Allí están, encadenados, los banqueros inmorales, inmersos en la negrura de los húmedos reflejos, sin haber contemplado jamás la belleza del Bien, retozando por el fango de la cueva, cubiertos de oropeles y falsos metales. Cuando «por detrás de la parecilla que se alza sobre el camino escarpado pasan hombres que transportan distintos utensilios

y vasijas», los banqueros y usureros sólo ven reflejadas imágenes borrosas de oro y plata, de dinero y codicia, de encanallamiento e infamia.

Allí están, encadenados, con los ojos de topo acomodados a las tinieblas, algunos mercachifles de la información, aquellos que no han contemplado jamás la luz del Bien, el calor de la Verdad, que buscan desesperadamente un programa basura que ensucie el ambiente de morbosa pestilencia, que tratan de manipular la noticia con fines partidistas, que husmean ansiosamente en el pesebre servil de los poderosos, los cuales, para hacer notar su control, chasquean el látigo de vez en cuando.

Allí están, encadenados, con los turbios ojos oscuros como el mal, infinitamente alejados del resplandor del Bien, los asesinos sin alma, los violentos sin entrañas, vendidos al mejor postor, para los que la dignidad y la vida humana no tienen ningún valor y que van llenando la sociedad de odio, lágrimas y sangre inútil. Allí aparecen aborregados y revueltos todos los pelajes y cataduras: algunos se atreven a decir que matan en nombre de Dios, otros, en nombre de la patria, la raza, la cultura, las ideas..., produciendo cada noche (que es toda su vida) un horrisono fragor de cadenas y grilletes contra el suelo.

Allí están los vividores del cuento, parásitos, los «listos» (necios elevados temporalmente a la fama por otros necios), triunfadores de la nada que, encima, aparecen para muchos como modelos sociales, casquivanos verboseros, figurones de tres al cuarto que nunca han dedicado un minuto de su vida a trabajar, a pensar, a investigar en torno a la Verdad, cuyos únicos méritos son las páginas de las revistas del corazón, los amores y desamores que impudicamente nos quieren mostrar, la pobre y penosa pirueta televisiva elevada a categoría ejemplar; allí andan engañándose unos a otros, beodos del engolamiento y de la más absoluta falta de sustancia.

Y cuenta Platón que, si se hubiesen extirpado de tales naturalezas estas excrescencias, que son como masas de plomo adheridas a ellas por la gula, los placeres y otras avideces semejantes que arrastran la visión del alma hacia lo bajo..., la misma alma, en los mismos hombres, vería las cosas de diferente forma a como las ve ahora.

Y si algunos de los prisioneros se liberaran de sus cadenas y emprendiesen el camino ascendente hacia la salida de la caverna, a través de la ascensión dialéctica que va del *conocimiento dóxico* (imágenes-conjeturas y sensaciones-objetos) hasta el *conocimiento*

PENSAMIENTO

epistémico (hipótesis matemáticas y conocimiento de las Ideas), ¿no sentirían al principio dolor en sus ojos, hasta que estos se acostumbraran a la luz? ¿Acaso no pensarían que lo que antes veían era más verdadero que lo que ahora contemplan? Sin embargo, ¿no ocurriría que, después de ir acostumbrándose poco a poco a la claridad del sol, comprenderían, al fin, todo, y tendrían lástima de sus antiguos compañeros de prisión? Porque, los que antes eran prisioneros, «una vez acostumbrados a la luz, verían mil veces mejor que los que están allí abajo; y reconocerían lo que verdaderamente es cada imagen y lo que representa, por haber visto antes la Verdad en el orden de lo bello, de lo justo y de lo bueno».

Pero lo que nos sigue diciendo Platón en su República es más inquietante: Los prisioneros, ya libres y llenos de la plenitud del Bien, no se deben quedar permanentemente en la contemplación

y deleite de éste, sino que deben emprender con entusiasmo el camino de regreso para intentar convencer a los cavernícolas de que están viviendo de sombras y mentira, y decirles que la verdadera realidad es otra.

La tarea no es fácil; más bien es desconsoladora e, incluso, trágica. Vuelven a la mazmorra y encuentran a unos, bien instalados en sus poltronas-escaños, manejando el dinero y las voluntades de sus votantes, con medios económicos y sociales suficientes para permanecer en el poder casi vitaliciamente a base de sofismas y falsas promesas.

Hallan a otros tumbados «a la bartola» entre saraos y pijotadas, borrachos de vino y de frivolidad. Observa con tristeza a los que siguen engrasando con las manos ensangrentadas sus metralletas demoniacas. Contempla con estupor a los plutócratas; siempre atados a los pies de los tiranos, que siguen jugando a la ruleta

grandes cantidades de dinero, cambalachean sus cuentas corrientes y perfuman sus camisas de seda, que, a pesar de todo siguen oliendo a mierda. Entre partida y partida, pretenden sobornar a los carceleros.

Sólo algunos de los que han vuelto a la caverna, como Sócrates, aguantan el desprecio y aun la muerte, y, «con el favor del daimon divino», se preparan concienzudamente para, en una *paideia* ininterrumpida, educar a aquella gente, y dirigir, cumplidos los cincuenta años, la nave del Estado hacia un puerto tranquilo. Cuando hayan conseguido un dominio absoluto del cuerpo embellecido, hayan acrisolado en su persona el valor, la sabiduría, la austeridad, el sacrificio por las cosas de la Polis, podrán intentar cumplir su misión y ordenar la ciudad con Justicia. En la cueva, desesperadamente, siguen resonando las carcajadas de la noche. **A**